

¿Dónde pongo mi tienda? ¿Con quién?

EN LA CONSTRUCCIÓN DEL AMOR: Construyendo una obra maestra

« *El que escucha mis palabras y las pone en práctica, se parece al hombre prudente, que edifica su casa sobre roca. »*

(Mt 7,24)

Construir una casa, o una tienda, es un símil afortunado respecto a lo que significa construir la propia vida. Por eso mismo, lo importante es dónde colocamos “**los cimientos**”, dónde ponemos la tienda. No es cuestión de técnica constructiva o de resistencia, sino de auténtica sabiduría que mira, no a unos cálculos, sino al fin de la vida que está siempre más allá. En esta construcción de su propia “tienda”, cada joven contempla dos polos indisolubles:

- **El don** recibido y acogido en la «*escucha*», las palabras del maestro que le acompaña y le ayuda a encontrar los fundamentos de su vida.
- **La tarea** de «*ponerlo en práctica*». Lo recibido como verdadera enseñanza ha de convertirse en “fuente de vida” y puede permitirle sacar de ella una vida abundante. Ha de prepararse para entregar algún día ese don recibido.

A cada persona se le confía, en palabras de san Juan Pablo II, «la tarea de ser artífice de la propia vida; en cierto, modo, debe hacer de ella una obra de arte, **una obra maestra**»^[1].

¿POR QUÉ UN MATERIAL AFECTIVO-SEXUAL PARA JÓVENES?

El *Directorio de Pastoral Familiar* señala esta necesidad: “En el *proceso catequético*, durante los distintos momentos que afectan a esta etapa, estará presente una **catequesis completa y profunda sobre la sexualidad** en sus distintas dimensiones: antropológica, moral, espiritual, social, psicológica, etc. Debe ser presentada sin reticencias. Más todavía si se considera el clima de *impudor* reinante en tantos ambientes y medios de comunicación social, que puede causar grave daño a los niños y adolescentes.” (DPF, 92).

¿Por qué introducir un programa y/o una unidades didácticas específicas de educación afectivo-sexual en los **Colegios Católicos**?

[1] JUAN PABLO II, *Carta a los artistas*, n.2 (4-IV-1999).

Es absolutamente necesario que todos lo apliquen, siempre como complemento y ayuda a la tarea de los padres. Ha de ser una enseñanza que tenga en cuenta los distintos momentos de la construcción de la personalidad en relación con la configuración de la “identidad sexual” o asunción madura de la propia sexualidad, con momentos diferenciados según los sexos. Se ofrecerá -de un modo integrado y partiendo de la experiencia de los jóvenes- los fundamentos humanos de la **sexualidad** y el **afecto**, su valor **moral** en relación con la construcción de la persona y su sentido en el **plan de Dios**. (cfr. DPF, 93; VAH, 124).



La educación afectivo-sexual, acorde con la dignidad del ser humano, no puede reducirse a una información biológica de la sexualidad humana. Tampoco debe consistir en unas orientaciones generales de comportamiento, a merced de las estadísticas del momento. Sobre la base de una “antropología adecuada”, como subrayaba san Juan Pablo II (cfr. CAH XXIII, 3-6, 02-04-1980), la educación afectivo-sexual “debe consistir en la **iluminación de las experiencias básicas** que todo hombre vive y en las que encuentra el sentido de su existencia. Así se evitará el subjetivismo que conduce a nuestros jóvenes a juzgar sus actos tan solo por el sentimiento que despiertan, lo que les hace poco menos que incapaces para construir una vida en la solidez de las virtudes.” (VAH, 124).

Todo este programa y los materiales que aporta son la respuesta a la propuesta de la Subcomisión de Familia y Vida de la Conferencia Episcopal Española expresada en VAH, 126.

UNA EDUCACIÓN AFECTIVO-SEXUAL “LÍQUIDA” SIN CIMENTACIÓN

Benedicto XVI constata una clara realidad: «Educar nunca ha sido fácil, y hoy parece ser cada vez más difícil. Lo saben bien los padres de familia, los maestros, los sacerdotes y todos los que tienen responsabilidades educativas directas. Se habla, por este motivo, de una gran **“emergencia educativa”**»^[2]. Continúa apuntando que vivimos inmersos en « una mentalidad y una forma de cultura que llevan a dudar del valor de la **persona** humana, del significado mismo de la **verdad** y del **bien**, en última instancia, de la bondad de la vida».



En esta **sociedad “líquida”** (Z. Bauman), voluble y sin cimientos sólidos, se hacen patentes las carencias y grandes lagunas en la educación afectivo-sexual. No faltan las ocasiones en las que se insinúa a nuestros jóvenes la tentación de caminar sin dirección, de construir sin preocuparse por los cimientos, de dejar de preguntarse por el bien y considerar buena cualquier cosa que hagan. Bastaría considerar como bueno el actuar como les plazca y sentirse bien haciéndolo. Envueltos por un entorno emotivista, en el que la búsqueda se contenta con estar pendiente de su estado de ánimo, muchas cosas les conducen a una desorientación en los fines de su vida y en la elección de sus acciones. Así, muchos jóvenes se convierten en *seres dirigidos* por otros, que aceptan las ideas y utilizan las cosas sin preocuparse por comprender su sentido; incapaces de leer e interpretar sus propios afectos (**“analfabetos afectivos”**). La libertad desaparece en la **saturación de información** que no digieren, la técnica termina dominándoles. De este modo, vaciados de su interior capacidad de reflexión y valoración, quedan de hecho convertidos en una máquina de producción..., o de destrucción, incapaces de construir una vida y un hogar.

^[2] BENEDICTO XVI, *Carta sobre la tarea urgente de la educación a la diócesis de Roma*, 21-I-2008.

Esta emergencia educativa ha de hacer frente a varios **desafíos** que predominan en nuestra cultura y en la vida social:

- **AL RELATIVISMO.** Si la verdad no puede reconocerse, la educación se hace imposible. La luz y la certeza de la verdad son determinantes para ofrecer a las generaciones sucesivas los significados básicos de la existencia. Benedicto XVI señala en su discurso en la Universidad Católica de Washington: «Es especialmente inquietante la reducción de la preciosa y delicada área de la educación sexual a la gestión del ‘riesgo’, sin referencia alguna a la belleza del amor conyugal».

La educación de la afectividad y de la sexualidad no es una técnica (reduciendo la tarea educativa a la transmisión de informaciones y de específicas habilidades), sino un *verdadero arte* que requiere una singular sabiduría que haga posible comunicar y transmitir la verdad sobre el varón y la mujer, en su identidad y en su diferencia. Y ello es así porque la sexualidad y la afectividad son realidades humanas que contienen su específica verdad, la verdad del amor como verdad personal.

- **AL NIHILISMO.** Vivir como si Dios no existiera favorece una visión de la sexualidad y la afectividad donde se pierde su intrínseca dimensión de misterio. Pero reducidas a simples realidades secularizadas, terminan rigiéndose por el modelo de las llamadas “relaciones puras”. Las relaciones puras se mantienen únicamente si ambas partes piensan que la relación produce una satisfacción y beneficio tales que cada individuo considera adecuado continuar.

- **AL “NATURALISMO”.** Reducir al hombre a un simple elemento de la naturaleza, cuyo cuerpo es visto como una máquina con diferentes partes unidas funcionalmente y desprovisto de significados personales, y por ende, mero instrumento a disposición de los gustos y preferencias de la mal entendida libertad del sujeto individual. El bienestar hedonista se convierte, así, en el criterio pedagógico fundamental.

Frente a esta cimentación “líquida”, todas las unidades pedagógicas van encaminadas a que los jóvenes sean capaces de cimentar “su propia obra maestra” desde la lógica del amor, anclándola sobre roca.

CIMENTAR DESDE LA LÓGICA DEL AMOR

Frente a esta oscuridad que desorienta y hace “líquidas” sus vidas, existe una **luz** en ellos que les permitirá abrir los ojos para encontrar un camino por donde progresar, unos cimientos sobre los que construir. Se trata sin duda de la alegría que significa encontrarse con otra mirada en la que se sienten amados y que viven como el primer paso de un largo camino. “En vez de *informar* al adolescente y al joven, dejándole solo ante los problemas que le superan, hay que saber **acompañarlo y animarlo** en esos momentos claves de su vida.” (FSV, 161).

En toda educación al amor siempre hay una gran invitación a que cada uno descubra algo maravilloso. La misión del conjunto de todas estas unidades es guiarles para que, ellos mismos, descubran la verdad: es una educación interior, asumida e integrada. Llevarles a la verdad no es más que un acto de amor.

La primera exigencia de toda construcción es **buscar la cimentación**, un buen anclaje de la tienda. Esta educación ha de ir dirigida, por tanto, a ayudar a que cada uno formule su *propio proyecto personal* de vida y a que adquiera la capacidad para realizarlo. Cada uno elegirá dónde anclar su tienda; a cada uno se le encomienda la tarea de su construcción y cada uno debe responsabilizarse de sus resultados.

La paradoja es que no podrá encontrar en sí mismo el propio fundamento. Ha de abrirse a la *recepción* de algo anterior donde apoyarse, la asunción consciente de una solidez que no es propia. Este fundamento lo encontrará en el horizonte de sentido de la **vocación al amor**. Desde esta luz que orienta toda una vida, podemos ofrecer una propuesta pedagógica cristiana capaz de afrontar este triple desafío:

- Hemos de mostrar cómo la experiencia del amor contiene una **verdad** original, personal y operativa. Frente a una verdad sin amor (propia del racionalismo) y frente a un amor sin verdad (propia del romanticismo), debemos insistir en la verdad del amor y en su fuerte dinamismo unitario.
- Hemos de ser capaces de mostrar cómo la dimensión mística y sagrada de la sexualidad está **grabada en el corazón** de cada persona. El cuerpo es contemplado entonces no como un mecanismo, sino como sacramento de la persona, un organismo vivo transido de un significado sponsal, que invita a responder a la vocación a la comunión inscrita en la diferencia sexual.

¿Qué planos nos van a guiar al construir nuestra obra maestra? ¿Quién nos va aconsejar sobre el mejor lugar de cimentación?

EL PLANO DE CONSTRUCCIÓN: Conocer el plan de Dios para el Matrimonio y la Familia

Los jóvenes deben conocer que existe un **plan de Dios**, anterior a todo proyecto humano, para cada uno de ellos, pues a cada uno les eligió y les quiso desde un principio. Dios quiere tener una historia de amor concreta con cada uno de ellos.

Es preciso ayudarles a reconocer que no están llamados a inventar nuevos modelos usando su imaginación, sino que más bien están llamados a *“leer”* una y otra vez de un modo nuevo y original la **verdad** del diseño de Dios sobre ellos. *“Una educación afectivo-sexual adecuada exige, en primer lugar, cuidar la formación de toda la comunidad cristiana en los fundamentos del **evangelio del matrimonio y de la familia.**”* (VAH, 122).



Por esta razón, es necesario que aprendan a **redescubrir** la belleza del matrimonio y de la familia como una vocación al amor vivida a la luz del designio amoroso de Dios, pues los términos mismos de tal designio, con sus signos y sus significados propios, se encuentran amenazados por la actual confusión. Este plan de Dios es profundamente unitario y tiene dos pilares fundamentales:

- **El matrimonio es un proyecto de Dios:** *“Al principio... los creó hombre y mujer”* (Mt 19,4). La verdad del matrimonio está vinculada a la verdad de la persona humana creada como varón y mujer, y destinada a entrar en la plena posesión de la propia humanidad a través de la comunión recíproca del don propio del amor conyugal.
- **El matrimonio es el fundamento de la familia:** *“Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán una sola carne”* (Gén 2,24). La respuesta de Cristo a la verdad del Principio revela una novedad fundamental en el designio de Dios: la unidad indivisible entre el matrimonio y la familia. La realidad del mutuo *don de sí* de los esposos es el único fundamento verdaderamente humano de una familia.

Por consiguiente, el anuncio del “**evangelio de la familia**” no se puede desvincular del anuncio del “**evangelio del matrimonio**”, que es su origen y su fuente (cfr. GS, 48).

Con una educación afectivo-sexual adecuada les ayudaremos a descubrir aquello que es más propio del ser humano: preguntarse por el sentido último de su caminar, por el sentido de lo que hace y vive, por la fórmula para ser feliz. No es exagerado pensar que con esta educación les estamos enseñando el arte mismo de la vida, cuya meta es mostrar el sentido de una vida plena.

¿Qué luz ilumina este descubrimiento personal?

LA LUZ: Descubrir la vocación al amor

La luz de la vida es la que proyecta la **vocación al amor**. «*Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza: llamándolo a la existencia por amor, lo ha llamado al mismo tiempo al amor*» (FC, 11). En este «*por amor*» pueden encontrar el origen y el fundamento; mientras que la invitación «*al amor*» les indica la finalidad que han de dar a su vida y a sus acciones. Concluye este punto de la *Familiaris consortio*: **el amor es «la vocación fundamental e innata de todo ser humano»**, es una llamada que pide una respuesta de cada uno.

Somos llamados a un amor que solo conocemos por revelación y un amor capaz de *construir una historia*, que requiere una *comunidad* para hacerlo crecer, precisamente aquello que implícitamente se niega desde una visión emotivista.

Cuando descubrimos la vocación al amor, se nos revela la verdad del matrimonio y de la familia (cfr. DPF, 22). Este descubrimiento es una realidad dinámica que se prolonga a lo largo de toda la vida y que, al mismo tiempo, va implicando a la propia identidad del hombre -todo el hombre, en *su unidad integral de un ser corpóreo-espiritual* (cfr. CCE, 362-368; DCE, 2 y 5)- y a todo hombre (DPF, 30).

La **vocación al amor** nos señala el camino por el que Dios nos revela su plan de salvación. Es en la conjunción original de los distintos amores en la familia –amor conyugal, paterno filial, fraternal, de abuelos y nietos, etc.- como la vocación al amor encuentra el cauce humano de manifestarse y desarrollarse conformando la auténtica *identidad del hombre*, hijo o hija, esposo o esposa, padre o madre, hermano o hermana (cfr. DPF, 69). En esta vocación al amor se dan *tres escalones* hacia su pleno desarrollo, que quedan integrados en la propia historia/identidad de cada uno:

- En primer lugar, aprender a **SER HIJOS**: *acoger el don originario* del amor con gratitud gozosa.
- En consecuencia, aprender a **SER ESPOSOS**: madurez del *amor recibido que se entrega* y compromete.
- Por último, aprender a **SER PADRES**: plenitud del *amor fecundo* en la generación y educación de los hijos.

La fuente de esta vocación al amor está en **el amor de Dios**, el cual nos propone compartir un camino en respuesta a su llamada, nos revela la plenitud de nuestra vocación y llega a inscribírnosla en nuestro propio ser, e incluso en nuestro propio cuerpo. Así pues, esta llamada al amor está inscrita en la misma diferencia sexual, la cual interpela a la libertad del hombre y de la mujer para que descubran como fin de su vida la construcción de una auténtica comunión de personas. Con ello se vive la sexualidad como un “modo de ser” personal, orientada a expresar y realizar la vocación del hombre y de la mujer al amor (SH, 11). Por todo ello, hay una íntima relación de carácter moral entre la sexualidad, la afectividad y la construcción en el amor de una comunión de personas abierta a la vida (DPF, 30), las cuales deben integrarse en una historia unitaria y vocacional.

Así pues, la vocación al amor nos va a permitir construir nuestra propia vida, “nuestra tienda”, en toda su plenitud (cfr. DPF, 28). “Pidamos al Señor que nos haga entender la **ley del amor**. ¡Qué bueno es tener esta ley! ¡Cuánto bien nos hace amarnos los unos a los otros en contra de todo!” (EG, 11).

Pero, ¿cómo podemos aprender a amar de este modo?

EL MÉTODO: “Aprender a construir” empieza por “Aprender a amar”

Desde la lógica del amor con la que queremos construir, “enseñar a amar” se convierte en la pieza clave para poder realizar un proyecto personal propio que termine en la construcción de una vida, de un “hogar”. Pero, *¿qué es «enseñar a amar»?* ^[3] *¿No es el amor la cosa más espontánea e incontrolable que se pueda imaginar? ¿No se trata de algo que ocurre y sobre lo que no tenemos ningún poder? ¿Qué es entonces el amor para que haya que decir que hay que aprender a amar?*

Sí, es necesario **aprender a amar**, y todos necesitamos ser ayudados en este aprendizaje. Si el fin de la vocación al amor es el *don sincero de sí* por el que encontramos nuestra propia identidad (cfr. GS, 24), es precisa una educación en el conocimiento, dominio y dirección del corazón. **Educar al amor** es más necesario en nuestros días en cuanto la cultura ambiental extiende formas degeneradas de amor que falsean la verdad y la libertad del hombre en su proceso de personalización: son maneras teñidas de *individualismo* y

^[3] JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza & Janés, Barcelona 1994, 132.

emotivismo que lleva a las personas a guiarse por su simple sentimiento subjetivo y no son conscientes siquiera de la necesidad de *aprender a amar* (DPF, 89; cfr. FSV, 22-26). El amor es así la fuerza y el hilo conductor de la vida de la familia como educación de la persona.

La revelación de la vocación al amor de cada hombre o mujer depende en gran medida de esta inicial educación al amor que se ha de realizar en la familia.

EL LUGAR DONDE APRENDER A AMAR: La Familia

La emergencia educativa precisa de una comunidad educativa como la **familia**, sin duda, *el lugar privilegiado e ineludible* para enseñar a amar. La familia es el cauce donde se manifiesta y vive el amor que configura la identidad personal. En casa es donde cada uno es querido por sí mismo, de modo incondicional. En la familia se desarrollan las relaciones personales y afectivas más significativas, llamadas a transmitir los significados básicos de la sexualidad. La “unidad específica entre gracia sobrenatural y experiencia humana se realiza en la familia en la medida en que es una auténtica ‘comunidad de vida y amor’. El **amor** es así la fuerza y el hilo conductor de la vida de la familia como educación de la persona” (DPF, 69). No son los libros ni las lecciones teóricas los que enseñan a amar.



Los padres son los **primeros responsables** para llevar a cabo esta educación de la sexualidad. Han de saber ofrecer a sus hijos, en un marco de confianza, las explicaciones adecuadas a su edad para que adquieran el conocimiento y respeto de la propia sexualidad en un camino de personalización. Es una tarea de tal importancia que no pueden hacer *dejación* de la misma para que sean otros los que la realicen. Es más, les corresponde *velar* por la calidad de toda educación sexual que reciban sus hijos en otras instancias (cfr. DPF, 91).

Desde el marco básico fundamental de la familia fundada en el **matrimonio** como comunidad de vida y amor, los jóvenes tienen que aprender a **redescubrir** la belleza del matrimonio y la familia como una **vocación al amor** vivida a la luz del designio amoroso de Dios, con su lenguaje propio.

¿Qué tienen de especial esta gramática?, ¿se trata de un lenguaje especial que hay que aprender?

EL LENGUAJE: El lenguaje del amor, el lenguaje del cuerpo, el lenguaje del don

Educar el afecto implica acoger, compartir, comunicar, purificar, fortalecer y madurar la experiencia del amor. Para ello es necesario aprender el **lenguaje del amor**. De forma análoga a como aprendemos a hablar nuestra lengua materna, vamos aprendiendo el lenguaje del amor en contacto con las personas que más nos aman y, de este modo, nos vamos disponiendo para vivir en el **lenguaje del don**.

Para aprender la afectividad y la sexualidad, como ocurre con la lengua, también es necesario aprender a expresar, leer y escribir los afectos. *Leer* nuestros afectos consiste en saberlos interpretar; *escribir* nuestra vida afectiva consiste en aprender a integrarlos en nuestras acciones. Ambas experiencias van inseparablemente unidas: cuanto más y mejor leemos (interpretamos), mejor vamos escribiendo y redactando (integrandos), ya que se va enriqueciendo nuestro vocabulario y somos capaces de redactar párrafos con más precisión y belleza, de realizar acciones más excelentes.

Este tipo de educación está estrechamente unida a la pedagogía del cuerpo en la vocación al amor: “Descubrir la verdad y significado del **lenguaje del cuerpo** permitirá saber identificar las expresiones del **amor auténtico** y distinguirlas de aquellas que lo falsean” (VAH, 125).

Si este amor auténtico sólo encuentra su última verdad en la **entrega** sincera de sí mismo a los demás para realizar la *entrega sincera de la vida* (cfr. GS, 24; FC, 37), es precisa una educación en el conocimiento, dominio y dirección del corazón. En cuanto esto comprende la dimensión de la sexualidad, la integración de la misma para que signifique y exprese un amor verdadero se denomina **virtud de la castidad** (cfr. SH, 65-76).

La virtud de la castidad es la tarea moral de integración y dirección de los afectos para que el ejercicio de la sexualidad sea expresión de un amor verdadero dentro de la construcción de la comunión de personas que es el matrimonio y la familia (cfr. DPF, 90).

De este modo, se abre a los jóvenes un camino de conocimiento de sí mismos, que, mediante la integración de las dimensiones implicadas en la sexualidad –la inclinación natural, las respuestas afectivas, la complementariedad psicológica y la decisión personal–, les llevará a apreciar el don maravilloso de la sexualidad y la exigencia moral de vivirlo en su integridad. Se comprende enseguida que una educación afectivo-sexual auténtica no es sino una **educación en la virtud de la castidad** (cfr. FC, 37; OEAH, 90-93).



Así podrán responder de forma personal a la vocación al amor. En el matrimonio, en el sacerdocio o en la vida consagrada.